Bernardo Soto González "Don Berna". Primer chofer de la Facultad de Filosofía y Letras

Mi vida ha sido andar en la carretera. Desde 1960, cuando manejé un camión por primera vez, me la he pasado detrás del volante. A la Facultad de Filosofía y Letras llegué a mediados de 1973, luego de haber andado recorriendo el país como chofer particular de un vendedor de máquinas de coser y como mudancero. La primera vez que me ofrecieron el trabajo en la universidad no lo acepté porque yo estaba acostumbrado a viajar solo y me parecía mucha responsabilidad conducir un camión repleto de estudiantes escandalosos. Al final mi mujer me convenció, pues laboralmente era un empleo más seguro y la verdad es que no me arrepiento, ya que encontré un ambiente de trabajo muy distinto al que yo conocía.

Quien me contrató fue el maestro Jorge A. Vivo, quien en ese entonces era la autoridad dentro del Colegio de Geografía. A los geógrafos les habían regalado, creo que el presidente Luis Echeverría, un camión modelo 1965, de esos llamados "guajoloteros", de los que todavía tenían su canastilla para equipaje en el techo. Con ese camioncito que apenas subía las cuestas nos fuimos en 1974 a recorrer la península de Baja California. Cerca de 4 500 kilómetros de aquí a La Paz, pasando por la "Rumorosa" y Tijuana, durmiendo en el camión muchas veces pues en los lugares donde parábamos no siempre había hoteles, lo cual no era ningún problema para los geógrafos, que siempre viajan con equipo de campamento y mucho alcohol para el frío. En cambio los historiadores, aunque también saben empinar el codo, siempre procuran llegar a un hotel con todas las comodidades.

A no ser por una vaca que atropellé yendo a Manzanillo, y una vez que me quedé sin frenos entre Valladolid y Chetumal, y tuve que salirme de la carretera, no he tenido hasta ahora ningún percance. El susto más grande lo pasé en 1981, pero no iba yo manejando. Resulta que fui con un grupo de geografía a la Isla de Enmedio, en Veracuz. Dejamos el camión en el puerto de Antón Lizardo y pasamos en un bote de la armada. Ya en la isla acampamos y todo iba bien hasta que se soltó un "norte" muy bravo. El viento tan fuerte levantaba las casas de campaña y el aguacero parecía que no tenía fin. Así fueron pasando los días y el bote de la armada no podía ir a recogernos. La comida comenzó a escasear y tuvimos que pedirle al encargado del faro que nos vendiera parte de su despensa. Yo estaba muy preocupado porque además se me había ocurrido llevar a la práctica a mi hijo de apenas seis años. Cuando el temporal amainó un poco, el farero echó a andar una lancha muy potente que tenía y subió a una parte del grupo para llevarnos a la costa. El viaje, que dura aproximadamente treinta minutos, se me hizo eterno porque justo a la mitad el "norte" regresó y comenzó a sacudir la lancha. Las olas nos levantaban y luego caíamos de golpe, sólo se veía agua. Las muchachas comenzaron a llorar de miedo y yo llegué a pensar que iba a morirme ahí ahogado junto con mi hijo. Sin embargo, el farero resultó muy bueno y cruzamos la tempestad sanos y salvos. Ya en tierra lo primero que hice fue ir a meterme a mi camión y cuando me estaba secando pensé que mi oficio de chofer era más fácil que el de capitán de barco.✣

Bernardo Soto en la selva Lacandona, Chiapas. Foto: Manuel Galindo C.